de amargura, ni causa tedio su trato, antes bien, consuelo y alegría„ (1).

¿Quién, después de haber leído las anteriores palabras de la Escritura, dejará de pensar en Jesucristo? El es la sabiduría de Dios, que tomando nuestra carne, se hizo nuestro hermano; se acercó á nosotros para comunicarnos la vida de la gracia y los tesoros de su amor divino. Al poner en El nuestras miradas, al pensar en sus grandezas, y al verle tan cerca de nosotros, sentimos que la llama de su amor purísimo y ardiente abraza nuestras almas. Con nadie podemos compararle, y El es el único amor de nuestro pecho. Jesús, purísimo y hermoso, amable cual ninguno; las miradas de sus ojos nos encantan. Su Corazón dulcísimo y sagrado, manantial inagotable de la vida, fuente de la luz, riquísimo venero de la gracia, cautiva todo nuestro amor. También nosotros, entrando en nuestra casa, descansamos dulcemente en el seno del que amamos; también nosotros sólo descubrimos en Jesús bondad y gracia, y El nos comunica alegría y consuelo. Todos los bienes nos han venido con El; El es el bien sumo, verdad eterna, y dicha indeficiente. La luz de su doctrina nos descubre el camino de la vida, y su amor nos conduce de la mano á fin de impedir que lleguemos á extraviarnos. ¡Bendito sea mil veces quien, siendo la sabiduría de Dios, quiso por sí mismo llevarnos al Señor! ¡Bendito sea el camino que nos lleva al Padre!

(1) Sap., VII-VIII.

II

Para ser nuestro camino y llevarnos á su Padre, el Hijo de Dios tomó nuestra naturaleza y se hizo nuestro hermano; he aquí la gran prueba de su amor sin medida á los hombres. Á fin de descubrir cuanto podamos la inmensa ternura que Dios nos ha revelado en el misterio de su Encarnación, reflexionemos que la unión de Dios y el hombre no se dice realizada según la esencia ó la naturaleza, ni según el accidente, sino según la subsistencia. "Pudiéndose entender—dice el V Sínodo—la unión de muchos modos, los que siguen el error de Apolinario y de Eutiques afirman que tuvo lugar según la confusión; los secuaces de Teodoro y de Nestorio admiten la unidad de afecto; mas la santa Iglesia de Dios, desechando ambas impiedades, confiesa la unión del Verbo de Dios con la naturaleza humana, según la composición; esto es, según la subsistencia. No hay, pues, en la Encarnación de nuestro Señor Jesucristo unión accidental, sino íntima y profunda, y la más íntima de todas las uniones, considerada por parte de la persona del Verbo, aunque no lo sea por parte de la naturaleza divina y humana. En efecto; la unión de que tratamos puede considerarse de dos modos: ó con relación á las cosas que se unen, ó por

aquello en que se verifica esta unión. Respecto de esto último, esa unión tiene preeminencia entre las demás, atendida la unidad de la persona divina; mas por parte de las dos naturalezas, divina y humana, no la tienen, por la distancia infinita de una y otra„ (1). Esta unión tan perfecta y sublime hace que digamos con toda verdad: Dios es hombre, el hombre es Dios. "Según la verdad de la fe católica—dice el Angel de las Escuelas,—la verdadera naturaleza divina se unió con la verdadera naturaleza humana, no solamente en la persona, sino también en el supuesto ó hipóstasi; por lo cual esta proposición: "Dios es hombre„, es verdadera y propia, no sólo por la verdad de los términos; esto es, porque Cristo es verdadero Dios y verdadero hombre; sino también por la verdad de la enunciación, pues el nombre significando la naturaleza común en concreto, puede sustituir á cada uno de los contenidos en esa naturaleza común; como este nombre: hombre, puede designar á cada hombre singular. Así el nombre de Dios, por el modo de su significación, puede ser empleado para designar la persona del Hijo de Dios. Mas de cualquier supuesto de alguna naturaleza, verdadera y propiamente puede predicarse el nombre que ella significa en concreto, como la palabra hombre se predica con toda verdad y propiedad de Sócrates y de Platón. Por lo mismo, puesto que la persona de

(1) III P. Q. II; A. 9.

Hijo de Dios, por la que se emplea el nombre Dios, es el supuesto de la naturaleza humana, la palabra hombre verdadera y propiamente puede decirse del nombre Dios, según que se supone por la persona del Hijo de Dios.

La naturaleza divina y la humana, si bien extremadamente distantes entre sí por el misterio de la Encarnación, convienen en uno sólo supuesto, al cual ni la una ni la otra está unida accidentalmente sino por sí, y de esta manera se predica el Nombre de Dios.

Asimismo, supuesta la verdad de una y otra naturaleza, y su unión en la persona é hipóstasi, decimos con toda verdad: "El hombre es Dios.„ Porque esta palabra hombre puede designar cualquiera hipóstasi de la naturaleza humana, y, por consiguiente, ponerse por la persona del Hijo de Dios, la que decimos ser la hipóstasi de aquella naturaleza (1).

He aquí los caracteres del verdadero amor: quien ama se humilla hasta donde es posible por su amado; quien ama levanta al objeto de su amor, si le es dado, á una altura infinita; y esto realmente sólo Dios lo puede hacer. En el misterio de la Encarnación el Verbo de Dios, el esplendor de la gloria del Padre, por quien han sido hechas todas las cosas, que en Sí mismo tiene una grandeza infinita, y delante del cual todas las criaturas son como si no existiesen, ese Verbo divino se humilló á tal extremo,

(1) Idem, q. XVI, a. 1-2.

que el Apóstol pudo decir: "Se anonadó á Sí mismo.„ Al humillarse quiso elevar su santa humanidad á una altura que no podemos medir: el hombre es Dios, decimos con toda verdad. Su Encarnación, por lo mismo, nos revela con purísima luz el amor infinito que nos tiene. No hay humana ni angélica lengua que pueda predicar cumplidamente la elevación y la grandeza del amor del Hijo de Dios para con nosotros, que tan admirablemente resplandece en el misterio de que hablamos, porque Dios es quien se humilla, y la grandeza de Dios es infinita; porque la naturaleza humana es nada delante del Señor, y, sin embargo, Dios la toma y la une consigo en unidad de persona.

El amor del Hijo de Dios á que nos referimos, no ha sido estéril para el mundo. Dícenos la Encarnación cuál debe ser nuestro amor para con Dios, tomando por modelo de este amor el que Él nos tiene. "Hijitos míos—dijo San Juan,—no amemos con la palabra y con la lengua, sino con la obra y la verdad (1). Antes de recibir esta enseñanza del Apóstol de la caridad, el Hijo de Dios nos la dió haciéndose hombre por nosotros. Si Él inclinó los cielos y se humilló por salvarnos, sin duda alguna nosotros también debemos humillarnos á fin de imitarle; y si se entregó aun á la muerte por el amor que nos tiene, por nuestra parte no debemos exceptuar ningún sacrificio. Es enteramente nuestro, seamos nosotros enteramente suyos; así nos lo piden la justicia, la gratitud y nuestra misma dicha.

(1) I Joann., III, 18.

Nuestro amado Señor nos ha dado la verdadera noción del amor. "Todos buscan sus propios intereses„—dice el Apóstol (1).—Quien ama con verdad olvidándose á sí mismo, por decirlo así, trabaja por la dicha de su amado. Jesús ama á su divino Padre, y por esto desciende del cielo á procurar su gloria; ama á los hombres, y por esto viene á darles la vida y á dárselas en abundancia. Es todo de su Padre porque es su Hijo, y de El ha recibido cuanto tiene; y de El es también por el amor. El Padre se complace en este Hijo, y Jesús descansa amorosamente en el seno de su Padre. Ama Jesús á los hombres y es enteramente de ellos porque tomó su naturaleza, y tiene sus delicias en estar con ellos. ¡Oh, si siempre pensásemos en estos misterios de amor; si la enseñanza divina de que hablamos ocupase sin descanso nuestras almas! Sin duda alguna, la luz del cielo á cada instante aumentaría en nosotros sus bellos resplandores, y contemplaríamos el amor divino cada vez más admirable y hermoso y resplandeciente con nuevos encantos y atractivos de una belleza indeficiente y amable. Su generosidad y su constancia, su paciencia y sus grandes sacrificios, y todo cuanto ha hecho y hace por nosotros nos dejaría sorpren-

(1) Philip., II, 21.

didos, abrumados, por decirlo así, bajo el peso de su inmensa gloria; nos rendiríamos á su imperio, y el amor de Jesús reinaría en nuestras almas. Mas ¡ay! que por desgracia no pensamos, cual debiéramos hacerlo, en el amor de Jesús; y la enseñanza que nos suministra su santa Encarnación es para nosotros como un misterio impenetrable, en el cual no pensamos sino muy ligeramente. No tenemos, pues, que hacer otra cosa que humillarnos delante del Señor y pedirle que nos dé aquellos ojos iluminados, según la expresión de San Pablo, con la luz de la fe para descubrir las inestimables riquezas del amor de Jesucristo hacia nosotros y que El habite por la fe en nuestros corazones, estando arraigados y cimentados en caridad, á fin de poder comprender cuál es la dilatación y la longitud, la elevación y la profundidad de su amor, que sobrepuja á todo conocimiento, á fin de quedar plenamente colmado de todos los dones de Dios (1).

Nuevas enseñanzas, en verdad utilísimas, nos suministra la divina Encarnación. Ella es el camino que nos trajo á Dios, y por ella seremos conducidos al Señor. Es como la escala misteriosa de Jacob por donde desciende hasta la tierra, no ya el ángel, sino el Rey de todos los ángeles; y por lo cual el Hijo de Dios nos lleva consigo hacia su Padre. Cuando al pie de esta escala levantamos los ojos hasta el cielo

(1) Ephes., III, 17-19.

conocemos de algún modo su elevación infinita y la inmensa distancia que de Dios nos separa, y preguntamos con el Rey-Profeta llenos de tristeza: "¿Quién subirá al monte del Señor, ó quién podrá estar en su santuario?„ Y si El nos contesta que aquel que tiene puras las manos y limpio el corazón (1), nos acordaremos que todas nuestras justicias son delante del Señor como un lienzo manchado (2). La humildad hará entonces que inclinemos nuestra frente y reconozcamos nuestra gran miseria y confesemos que el auxilio de Dios nos es indispensable para el bien obrar. El que es nuestro camino nos ha dicho: "Sin mí nada podéis hacer„ (3). Sin embargo, la voz de Jesús no nos causa desaliento porque El se ha hecho hombre por salvarnos y en El todo lo podemos. Dios nos dará la victoria por su Hijo, nuestro Señor Jesucristo. He allí cómo á la luz de la divina enseñanza de la Encarnación entran en el alma juntamente la humildad y la confianza: la primera atrae las misericordias del Señor sobre nosotros y nos llena la segunda de gran fortaleza y de constancia. Bien está que nada podamos por nosotros mismos; esta es nuestra dicha á fin de consagrar á sólo Dios todo honor y gloria y de apoyarnos solamente en El. De esta suerte la miseria y la impotencia no nos turban, mas sí

(1) Psalm. XXIII, 3-4.
(2) Isa., LIV, 6.
(3) Joann., XV, 5.

nos obligan á recurrir á Dios en todas ocasiones; así resplandecen en nosotros su poder y su bondad, y no tendremos que gloriarnos sino en El, á quien rendimos nuestro corazón y ofrecemos la bendición y la alabanza en todas nuestras obras.

No, no es estéril la enseñanza que nos suministra la Encarnación del Hijo de Dios; ¿quién no sabe que ella nos ha revelado el gran misterio de la Trinidad? "El Espíritu Santo vendrá sobre ti—dijo el ángel á la incomparable y celestial criatura, elegida para Madre de Dios,—y la virtud del Altísimo te cubrirá con su sombra, por cuya causa, lo santo que de ti nacerá será llamado Hijo de Dios„ (1). He allí el Padre y su virtud divina, su eterna palabra, su Espíritu divino, las adorables Personas de la Trinidad augusta; y esa revelación magnífica y sublime, no sólo nos descubre la grandeza del Eterno, sino también su poder, su sabiduría y su amor. He allí cómo la Encarnación ilumina y enciende nuestras almas, cómo ese camino que nos lleva al Padre, está bañado de luz y embalsamado con los perfumes del Amor divino, y al entrar en él, ni la fatiga nos rinde, ni nos molesta el fastidio; sostenidos por la gracia del Señor, avanzamos llenos de alegría y consuelo.

La Encarnación, no sólo derrama la luz de la enseñanza, sino que también nos suministra

(1) Luc., I 35.

ejemplos de toda virtud y nos da la gracia de la vida eterna. En efecto; nuestro amado Señor caminó delante de nosotros y nos dijo: "Venid en pos de mí.„ "Padeció—dice San Pedro,—dándonos ejemplo para que sigamos sus pisadas.„ ¡Oh! ¡Cuán dulce es para nosotros, al caminar hacia los cielos, ir descubriendo las huellas de nuestro amadísimo Señor!—Por aquí pasó el buen Jesús—nos decimos,—el encanto de nuestro amor.—Y suspiramos de ternura; allí están la humildad y la dulzura de su Corazón amabilísimo, y su benignidad, y su paciencia, y su mortificación, y su modestia, y su amor al Padre, y su misericordia para con los hombres, sus hermanos; y las huellas del divino Maestro exhalan celestial perfume, suavísima fragancia que recrea nuestro espíritu y reanima nuestras fuerzas. Contemplamos una y otra vez el camino que aún tenemos que andar, por si acaso podemos descubrir á nuestro Amado; si llegamos á verle, exclamaremos diciéndole:—Llévanos en pos de ti, y correremos al olor de tus perfumes.—Si se nos oculta, le dirigimos estas, palabras de la Esposa:—"Oh Amado de mi alma dime dónde tienes los pastos, dónde el sesteadero al llegar el mediodía, para que no tenga yo que ir vagando tras de los rebaños de tus compañeros„ (1). También nosotros, como la Esposa santa, no queremos seguir sino á Jesús, y sólo en Él están nuestras delicias.

1) Cant., I, 6.

La Encarnación, hemos dicho, nos da la gracia de la vida eterna, porque Jesús nos ha reconciliado con su Padre, obteniéndonos el perdón de los pecados; en Él están todos nuestros bienes. Entró Jesús en una sinagoga de Nazaret, y le fué entregado el Libro de Isaías, y abriéndole leyó en él estas palabras: "El Espíritu del Señor reposó sobre mí; por lo cual me ha consagrado con su divina Unción y me ha enviado á evangelizar á los pobres, á curar á los que tienen el corazón contrito, á anunciar libertad á los cautivos y á los ciegos vista, á soltar á los que están oprimidos, á promulgar el año de las misericordias del Señor y el día de la retribución.„ Después de esta lectura dijo el Maestro divino: "Hoy se ha cumplido esta Escritura„ (1). En efecto; se cumplió entonces y sigue cumpliéndose, y así sucederá hasta la consumación del mundo, la palabra de Isaías. Jesús evangeliza á los pobres, consuela á los afligidos, da libertad á los cautivos y vista á los ciegos, y alivia á los que se hallan oprimidos bajo el peso del dolor, y, en fin, derrama sobre nosotros sus misericordias con admirable largueza. Sin Él quedaríamos envueltos en un diluvio de infortunios y desgracias. ¡Pobres de los bienes celestiales, enfermos y afligidos, ciegos y cautivos del demonio! ¡Mas bendita sea la gran misericordia de este amorosísimo Señor que, al hacerse hombre, se dignó comunicarnos todos sus bienes!

(1) Luc., IV, 18-21.

¡Oh, amorosísimo Jesús, sed para nosotros el camino que nos lleve al Padre celestial; iluminadnos con la luz de la verdad, que sois Vos mismo, y conservad y aumentar en nuestras almas la vida de la gracia! Que jamás olvidemos vuestros santos ejemplos, y Vos mismo llamadnos una y otra vez con la suavidad de vuestras inspiraciones y la dulzura de vuestro santo Amor, y cúmplase en nosotros, por vuestra gracia, esta palabra de David: "Corrí gozoso por el camino de tus Mandamientos, cuando Tú, oh Señor, dilataste mi corazón con tus consuelos„ (1).

(1) Psal. CXVIII, 32.